



SUMARIO

La Inmaculada Concepción (fotografiado).—Patrona de España.—Historia de España. No se concibe sin el culto a la Virgen. por *Juan Vázquez de Mella*.—Promulgación del dogma.—¡Virgen Inmaculada! «¡Corona a tu Nación con el laurel de la victoria!», por *Blas Goñi*.—Poetas españoles. Habla y canta Zorrilla, por *José Zorrilla* --La Inmaculada Concepción y la Infantería Española, por *Gregorio Alastruey*.—Doctrina de justicia y amor, por *Enrique Lagasca*.—La Marcha Real española, por *Leocadio Hernández Asuncion* —¡Inmaculada! (poesía), por *Adolfo de Sandoval*.—El Jefe de Orden público abre una suscripción para costear unas andas de plata a la Virgen de los Dolores.—Desde la línea de fuego, por *Fernando Huidobro, S. I* —¡Inmaculada!, por *Juan Lebrero Escudero*.—Se dice en el frente... Sacrificio de sacerdotes, por *M. Medina Gata*.—Patrona especial y Abogada de los Reinos de España.—Yo soy «ateo»..., por *Pierre L'Ermite* --Estampas rojas. Dos bautizos en el frente, por *P. Savona*.



AÑO XIV

NÚMERO 160

Córdoba y Diciembre de 1936

Imprenta «El Defensor» Ambrosio de Morales, 6.



**La felicidad
es patrimonio
de las
familias sanas.**

La vida del hogar exige de la madre y de la esposa una vigilancia severa y constante. Una mujer, consciente de su deber, ha de evitar los avances fatales de la **Anemia, Inapetencia, Raquitismo, Neurastenia y Agotamiento**, sólo existe un remedio eficaz y seguro: el poderoso Jarabe de



HIPOFOSFITOS SALUD

Reconstituyente - regenerador de la sangre; tónico para niños y adultos debilitados por un desarrollo rápido; estimulante del apetito; restaurador de las fuerzas para las muchachas adolescentes y hombres agotados por el trabajo o por excesos; elixir de vida para los viejos y sosten de la mujer en los embarazos difíciles y durante la lactancia

LAXANTE SALUD
Suprime el estreñimiento y la bilis con suavidad. No habitúa.
Grageas en cajitas precintadas.
Pidase en Farmacias.

Aprobado por la Academia de Medicina. Puede tomarse en todo tiempo. Es inalterable. No se vende a granel.

LOS ENFERMOS, OPERADOS O DEBILITADOS DEBEN TOMAR

MOSTO PURO *MANA*

QUE ES EL MEJOR ALIMENTO COMPLETO CONOCIDO

Pedido en Farmacias, Ultramarinos y a su preparador

AGUSTÍN SERRANO.--Manzanares

Criador de vinos puros de vid para consagrar



PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cortos

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santisima Virgen

AÑO XIV

CÓRDOBA Y DICIEMBRE DE 1936

Núm. 160



LA INMACULADA CONCEPCIÓN, PATRONA DE ESPAÑA

Patrona de España

El jefe del Gobierno del Estado español y generalísimo del Ejército nacional, don Francisco Franco, ha restablecido por medio de un decreto la fiesta oficial de la Inmaculada Concepción, Patrona de España, ímpidamente suprimida por el primer Gobierno de la conjunción republicano-socialista en 1931.

El general Franco, al firmar ese decreto, no ha hecho más que interpretar la auténtica voluntad del pueblo español, con cuyo pensar y sentir está sinceramente identificado.

Un resplandor de aurora, empurpurada con la sangre copiosa de tantos millares y millares de compatriotas, inmolados unos en aras del credo católico que confiesan, y muertos otros en los frentes de batalla en defensa de la religión tradicional—la única verdadera—de España y de la independencia, integridad y honor de la Patria, ilumina hoy esta gran fiesta—la fiesta máxima—de la Madre de Dios, a cuyo nombre, en sus múltiples advocaciones, va unida toda nuestra alma nacional con su historia, sus tradiciones, sus empresas, sus devociones, su ciencia teológica, su literatura, sus artes y sus conmemoraciones populares.

Porque en España decir Inmaculada es decir Nuestra Señora del Pilar, de Covadonga, de Guadalupe, del Carmen, del Rosario, de Monserrat, de los Desamparados, de los Dolores, de las Angustias, de los Remedios, del Sagrario de los Ojos Grandes, de la Soterraña, de San Lorenzo, de la Fuensanta, y tantas y tantas otras denominaciones con que se la nombra en las distintas regiones españolas.

Y bajo una de dichas advocaciones es Patrona de una ciudad, de un pueblo, de un lugar. Pero bajo la advocación del más grande de sus misterios, el de su Concepción Inmaculada, en el cual se cifran toda su grandeza, todos sus privilegios, todos

sus dones, todas sus virtudes, todas sus glorias, toda la inmensidad de su gracia sobrenatural, es Patrona de España.

Es Patrona de España—y lo ha sido siempre—para defenderla contra sus enemigos: lo ha sido y es, sobre todo, para defenderla contra los poderes infernales, que están acertadamente simbolizados en la serpiente que grandes artistas, inspirados en la predicción bíblica, han colocado bajo el pie de la Purísima en cuadros y esculturas admirables.

Hoy, quizás más que nunca, España necesita la protección de su gloriosísima Patrona. Porque no es una herejía sola la que amenaza la integridad de nuestra fe religiosa, ni es un poder extranjero el que pretende menoscabar la integridad de nuestro territorio: es un desbordamiento de poderes infernales, representados en el judaísmo, la masonería y el comunismo, que han irrumpido sobre España para destruir y aniquilar todos sus valores espirituales, morales y materiales, su religión, su civilización, su cultura, sus tesoros de ciencia, literatura y arte y las vidas de cuantos españoles son considerados enemigos por aquellas organizaciones internacionales.

En esta gran tragedia española de horrores casi apocalípticos, Ella, la Inmaculada, la vencedora de todo poder infernal, es la que puede ayudarnos, protegernos y fortalecernos con su altísimo patrocinio y darnos la victoria en esta empresa de salvación nacional en la que luchan contra nosotros enemigos de fuera y enemigos de dentro, matando, incendiando, derruyendo, violando, robando y haciendo cuanto daño pueden en el cuerpo atormentado y sangrante de nuestra Patria.

Que la augusta Patrona de España aplaste definitivamente en nuestra nación esa hidra monstruosa de tres cabezas, que son el judaísmo, la masonería y el comunismo.

HISTORIA DE ESPAÑA**No se concibe sin el culto a la Virgen - - -****por Juan Vázquez de Mella**

La Historia de España está de tal manera unida al culto de la Virgen que sin él no se concibe. En el X Concilio de Toledo ya se regulan sus festividades que se venían celebrando; y cuando la nacionalidad empieza, todas las lenguas la cantan como la alondra a su aurora. La de Castilla, puede decirse que empieza con la «Vida de Santa María Egipciaca»; la catalana con el «Desconsuelo» de Raimundo Lulio, y la gallega con las «Cántigas» de Alfonso el Sabio. Y cuando toda la Península se estremece con las terribles invasiones de Almanzor, que amenazan reducir la Reconquista a las grutas y las montañas de donde salieron los primeros guerreros; cuando los normandos siembran el espanto en las costas, y la monarquía naciente vacila en el siglo milenario, un obispo compostelano, San Pedro de Mezonzo, como un quejido de angustia, pero también de esperanza y de amor, que sale del alma española, formula Salve que después rezará la Cristiandad entera. Y en el siglo XIII, cuando todos los esfuerzos se agotaban en la lucha contra los albigenses, Santo Domingo de Guzmán, como supremo precursor, por inspiración de lo Alto, instituye el Rosario. Y bien puede decirse que toda la Reconquista no es más que la marcha triunfal de España al través de un río de sangre y de una selva de laurales, cuyas ramas van separando con su espada los cruzados para abrir paso a la Virgen que los protege con su manto y lo tiende sobre ellos como un dosel de gloria; y por eso dan su nombre a la carabela de Colón y a la pro-

digiosa de Magallanes la primera que dió la vuelta a la tierra.

Y a la historia común corresponde la particular de las regiones, que parece que se agrupan ante un altar de la Virgen para recibir el calor y la protección de la madre. Sevilla, con los esplendores de su cielo y la gallardía de su Giralda, y las vegas perfumadas que riega el Guadalquivir, se abre como una rosa para exhalar el aroma de su alegría ante la imagen de su Macarena; Granada ofrece sus maravillosos cármenes a la Virgen de las Angustias, como si quisiese endulzar su amargura; en Murcia, la Virgen de la Fuensanta reina sobre las fiestas, los cantos y los hogares de la muchedumbre campesina; en Valencia la Virgen de los Desamparados parece una pasionaria ante la que se inclinan amorosamente todas las flores de su huerta; en Cataluña, sobre las rocas que parecen las columnas de un templo ciclópeo quebrantadas por un terremoto, se levanta la Virgen de Montserrat más alta que las chimeneas de las fábricas, que asemejan con las nubes de humo sus incensarios; en Navarra, una raza más fuerte que el granito y el roble de sus montañas, se postra ferviente y rendida ante la Virgen del Puy y del Camino; en Vizcaya, por encima del árbol milenario de sus libertades, la Virgen de Begoña preside todo el trabajo fecundo de sus hijos; en Asturias, en una grieta del Auseva, la Virgen de Covadonga, la Virgen de las Batallas, la primera que vieron mis ojos, señala en el hilo del agua que brota a sus pies y se filtra en el musgo de las rocas el torrente que se convertirá en río de sangre que atravesará la Península y penetrará en el mar señalando el camino que recorrerán los audaces aventureros para dominar el planeta; en Galicia, en la incomparable Catedral compostelana, frente al Pórtico de la Gloria, el arco de triunfo levantado por la Fe y el Ge-

nio a los cruzados de las Navas, los versos de Rosalía de Castro parecen caer sobre la Virgen de la Soledad, como gotas de llanto con que la piedad popular quiere regar las heridas que producen en su corazón las espadas del dolor; en Extremadura, la Virgen de Guadalupe, a cuyos pies fué a descansar como un león fatigado el gran Emperador señala, con el esplendor y la decadencia de su culto, la grandeza y la postración de su pueblo; en León, Santa María, donde Alfonso VII quiere poner como un exvoto su espada y el manto imperial que intenta extender sobre los demás Estados; en Castilla la Virgen que llevan en el arzón de su caballo el Cid Campeador y San Fernando, y las múltiples imágenes de la Virgen del Carmen que parece encontrar su pedestal más apropiado en el corazón de Santa Teresa; y finalmente, en Aragón, en las márgenes del río que da nombre a toda la Península, se levanta la Virgen cuyo Pilar indica una tradición que sube hasta la edad gótica y los últimos tiempos de Roma y llega a la edad apostólica como un cimiento de España.

Porque la Virgen, con sus distintas advocaciones, coronada de estrellas o atravesada por espadas dolorosas o triunfantes, resume con su culto los amores de esta patria, que creció bajo su manto desde el Auseva, al empezar la gran Cruzada, occidental, hasta terminarla invocando su nombre en la última de las Cruzadas, en Lepanto.

Una Patria - Un Estado

☺ Un Caudillo ☺

Una Patria: ESPAÑA

Un Caudillo: FRANCO

Promulgación del dogma

En el primer instante de la concepción, es decir, en ese instante en que el alma se infundió en el cuerpo de la Virgen, por gracia singular y privilegio de Dios, que todo lo puede y a la vista de los méritos de Jesucristo, Redentor del género humano, fué Ella preservada inmune de toda mancha del pecado original.

Este privilegio de la Concepción Inmaculada no se otorgó a la Virgen María por derecho propio, sino por concesión gratuita de Dios y previendo los méritos de Cristo. Ya en el Antiguo Testamento se vislumbra este Dogma, cuando Dios habla de las enemistades entre la mujer y la serpiente. Se confirma el testimonio con la salutación del Angel a María, con el Testamento Nuevo. Toda la Tradición es, en realidad, un himno maravilloso a la pureza inmaculada de la Madre de Dios. La edad patristica rebosa este dogma encantador. En el gran retablo teológico de la Iglesia latina, durante los siglos XII y XIV, desconocedores de los testimonios tradicionales, no tuvo preeminente categoría este Misterio pero lo reverencian los pastores, los fieles y también los sabios. Scoto, haciendo ver que la dignidad de Cristo, lejos de disminuir con este Dogma, se acrecentaba máximamente, es el paladín y el caballero de la intelectualidad católica en pro de esta Verdad que recibía culto en el siglo VII en la Iglesia Griega y que para el IX se extendió a gran parte de la Iglesia occidental. En España se distinguieron en la defensa de este Dogma Raimundo Lulio, Juan de Segovia, Juan I de Aragón, Pedro Pacheco, nuestro Reino de Navarra, los demás Reinos de España, Universidades como las de Valencia y Granada y Reyes como Felipe V y Carlos III. Por fin, en 8 de diciembre de 1854, Pío IX ante 54 cardenales, 42

arzobispos y 98 obispos y asistido de millares y millares de católicos de todo el orbe, definió «que la doctrina de que la Bienaventurada Virgen María en el primer instante de su Concepción, por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos del Salvador del género humano, Jesucristo, fué preservada inmune de toda mancha de culpa original, ha sido revelada por Dios y por tanto debe ser firme y constantemente creída por todos los fieles.»

¡Virgen Santa, concebida sin pecado, ruega por nosotros, pecadores ahora—en esta hora grande, trágica y gloriosa de tu España—y en la hora final de nuestra muerte. Amén!

¡Virgen Inmaculada!

«¡Corona a tu Nación con el laurel de la victoria!»

Realmente España resurge de su latargo mortal a su pretérita vida católica... Nuestra gloriosa Patria vuelve a ser oficialmente la «Nación de la Inmaculada»... El invicto Generalísimo Franco, que hoy tan acertadamente dirige los destinos de la que fué Madre y Maestra de muchas naciones, ha declarado «Fiesta Nacional» la Fiesta litúrgica de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. Eso es hacer revivir el espíritu tradicional de los grandes siglos de nuestras esclarecidas Universidades y de nuestros admiradísimos Teólogos.

Para celebrar esta armonía entre la Iglesia y el Estado, así como entre el Estado y la Nación o el pueblo por él regido—armonía que será siempre fuente de paz y de progreso, como su carencia lleva el germen de descomposición social—, nos suministra la majestuosa liturgia de esa festividad,

y precisamente en el primer día de su Octava, unas magníficas palabras tomadas de una elocuentísima Homilia del Obispo Oriental San German. Traduzco y transcribo algunas de ellas:

«¡Ave, María, la llena de gracia, más santa que los demás santos, más excelsa que los cielos, más gloriosa que los Querubines, más digna de honor que los Serafines, y más venerable que toda otra criatura...!»

«¡A las naciones infieles que blasfeman de Tí y de tu Hijo DIOS, postrándolas a sus pies, somételas a su dominación!»

«¡A esta ciudad, que Te tiene por torreón y fundamento, CORONALA CON EL TRIUNFO DE LA VICTORIA y ciñéndola de fortaleza, guarda la Casa de Dios, conserva siempre el decoro del templo!»

«¡A los que te alaban, líbralos de todo peligro y tristeza del alma; dá redención a los cautivos; y a los peregrinos destituidos de casa y ayuda, sé Tu consuelo!»

«¡Al mundo entero extiende tu mano auxiliadora, para que celebremos con alegría y exaltación tus solemnidades!» (Breviarium Roman., 8 Decembr. III Noct., lect IX.)

¡Virgen Inmaculada, Patrona de España!

¡Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos!

¡Escucha los gemidos de tantos huérfanos y de tantas madres, que han perdido en los campos de batalla su padre o su hijo!

¡Mira el arrojado con que nuestros soldados y voluntarios arrostran los peligros de la muerte, por salvar al mundo del peligro del anarquismo y del sin diosismo!

¡Corona a tu nación con el laurel de la victoria!

BLAS GOÑI

Poetas españoles**Habla y canta Zorrilla**

«YO TENGO LÁSTIMA Y NO MIEDO
A UN SIGLO QUE PROCLAMA LA
LIBERTAD Y NO OSA DECIR LO
QUE CREE SU CONCIENCIA...»

«Cuando niño, solo y descorazonado, lloraba yo sobre mis pobres versos, pensando en que jamás llegaría un día en que recibiesen el honor de ser impresos, ni menos celebrados; volvía mis ojos arrasados de lágrimas a la imagen de María, invocando su auxilio para que me ayudase a conseguir una gloria profana, que era la ambición de mi juventud y por la que hubiera dado entonces la mitad de los días que me restaban que vivir.—Si yo lograra (decía yo a la Virgen en mi infantil desvarío), si yo lograra un gran renombre que me diera crédito para con mi nación, yo cantaré tus alabanzas en versos apasionados y cadenciosos, y mi voz los derramaré sobre la atención de mi pueblo con una majestad y una armonía semejantes a la de un río fecundador que conduce sus ondas por las llanuras de una vega cubierta de flores.

«¿Y quién dice que Dios no ha otorgado al hombre el cumplimiento de la pueril ambición del niño, para que el hombre cumpla a su vez la oferta que hizo el niño a su divina Madre?»

«Por eso he escrito este libro: y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta explicación a los que tienen fe religiosa.»

Su nombre fué el primero que mi labio aprendió a balbucir: nombre tan suave, que se le hiciera al compararle agravio al són del agua y al trinar del ave.
La ciencia ruin del universo sabio

otro más dulce componer no sabe;
porque es su nombre bálsamo que calma
el mal del cuerpo y el pesar del alma.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero sabe ya que le adoro: yo le he escrito mil veces en mis versos y le quiero escribir otras mil. Nombre bendito, luz de mi fé, de mi placer venero, quiero que halle en mi voz eco infinito, quiero que dure más que mi memoria, quiero que alumbre mi terrena gloria.

María, emanación del puro aliento del infinito Creador: María, augusta emperatriz del firmamento, gozo del triste, del perdido guía, madre buena del huérfano, alimento del alma casta, luz que en la agonía más allá del sepulcro, en lontananza alumbra la región de la esperanza.

María, arca sellada, guardadora del tesoro inmortal de la clemencia de Dios; sér de su sér, fe del que ora, santuario del pudor, de la inocencia pabellón perfumado, sombreadora palma triunfal del Gólgota, excelencia de los mundos creados, poesía del Paraíso, y gérmen de la mía.

Tal es el nombre y la mujer que canto,
tal es el nombre y la mujer que adoro;
yo me posterno ante su nombre santo,
y a la Señora de los cielos oro.
Débil mortal, cuando me atrevo a tanto,
que nada soy para quien es no ignoro;
mas me infundió mi madre su cariño
y no puedo olvidar mi amor de niño.

Dios me inspiró al nacer la fe en que vivo,
y Dios mi fe para cantar me ha dado
gigante voz y corazón altivo;
el siglo, pues, me escuchará asombrado
cantar la fe de mi país nativo,
tal vez por su tormenta arrebatado,
más de la fe de mis creencias lleno,
con firme voz y corazón sereno.

JOSE ZORRILLA.

La Inmaculada Concepción y la Infantería Española



Cuando el hombre salió de las manos de Dios, puro e inocente, realizaba en sí el tipo de belleza y de la perfección humana. Dones naturales y sobrenaturales lo hermoseaban: la gracia santificante que, con su cortejo de virtudes y del Espíritu Santo, le hacía participante de la vida divina y le constituía en imagen viva y radiante de la Trinidad augusta, la ciencia que le daba agudeza y penetración, la integridad que le hacía inmune de los asaltos de la concupiscencia, la inmortalidad y la exención de las miserias y dolores de esta vida.

¡Feliz condición la del hombre inocente! Todo en él era perfección sin sombra de defecto; todo en él tendía armónicamente al bien; la voluntad mandaba, los sentidos obedecían, la razón aspiraba a la idealidad pura, noble y elevada y las facultades sensitivas la seguían sin debilidad, sin repugnancia y sin esfuerzos; las facultades inferiores obedecían a las superiores, éstas a Dios y el cuerpo al alma.

Pero nuestro primer padre no fué fiel a su Creador sino que engañado por Eva, y ésta por la serpiente, pecó contra Dios y su pecado fué como mano feroz y despiadada que le arrebató su prerrogativa y le derrocó de su elevación primera.

El pecado de Adán no era privativo de él solo, sino que debía propagarse con sus dolorosas consecuencias a todos sus descendientes. Adán, pecando, no manchó solo su propia naturaleza, sino la humanidad entera, que en él estaba representada como en su cabeza natural y jurídica. Por eso, al perder los dones de justicia original, los perdió para todos sus hijos, como de haberlos conservado, los hubiera

trasmitido igualmente a toda su posteridad.

¡Triste herencia la que nos lega nuestro primer padre! Todos cuantos nacemos de Adán, según las leyes ordinarias de la generación humana, recibimos su naturaleza, tal cual el la dejó con su pasado, privada de la gracia, esclava de la concupiscencia, la ignorancia, el dolor y la muerte; presa de desequilibrio interior y víctima de cruel contraste entre pasiones impetuosas que se arrastran por la tierra y facultades espirituales que se elevan hasta el cielo. Ya a las puertas del Paraíso, después de aquella terrible sentencia fulminada contra los prevaricadores, hizo Dios florecer ante sus ojos las esperanzas de un nuevo plan de amor en que la mujer y su descendencia aplastarían la cabeza de la serpiente.

Eva, la pobre madre de los vivientes, sabía bien que ella no sería esa mujer lejana y moravillosa destinada a tomar parte en la victoriosa revancha, sino una hija suya, hija de milagro y de gloria, que ella reconocerá en la cima de los siglos a través de sus lágrimas.

Esa mujer es María, nueva Eva, Madre de Dios y Madre nuestra; ella es la que con su germen bendito, esto es, con Cristo y por Cristo, nuevo Adán, Dios-Hombre y Redentor nuestro, aplastará la cabeza de la serpiente infernal, reparará las ruinas del pecado y enderezará los caminos de la humanidad.

Ahora bien, ¿la nueva Eva habría aplastado la cabeza de la serpiente, si por un solo momento hubiera sido presa de su venenosa mordedura? ¿Es lógico que la Madre de Dios estuviera un solo instante manchada de pecado? ¿Hubiera sido llena de gracia en toda su extensión si no la hubiera poseído desde el primer instante de su ser? ¿Se puede imaginar que María haya heredado ni una sola tilde de la

maldición primera? ¿Hubiera sido digna, con esa sombra en el alma, de ser la cooperadora de su Hijo en la obra de la Redención y la única mediadora entre los hombres y El?

Sola María, entre los hijos de Adán fué concebida e inmaculada; sola Ella entre los que de Adán desciende por natural generación fué exenta, por los méritos anticipados de Cristo Redentor, desde el primer instante de su concepción de toda mancha de pecado original.

Pero bajo esta forma negativa con que se expresa ese singular privilegio de María, se encierra todo un mundo de gracia, de riqueza y de armonía interior. Todo en María es luz, santidad, rectitud, perfección humana; Ella es la suma de las virtudes de la especie, la culminación de la naturaleza humana; Ella tiene todos los privilegios de Eva antes de su caída, pero acrecidos por su dignidad única e incomparable.

María posee una plenitud de gracia que es un cielo anticipado, su alma es el palacio de la Trinidad augusta y el fruto de su seno es el esplendor del Padre. Su claridad traspasa las lindes de lo imaginable; su fe es tan firme que ni el oscurecimiento de las perfecciones de su Hijo divino en el gran escándalo de la Cruz podrán turbarla; su esperanza se apoya en las promesas de Dios y concentra en el más ferviente de los deseos todas las ansias de la humanidad hambrienta de redención; María es la dulzura, pero es a la vez la Virgen fuerte que sabrá, cuando sea llegada la hora estar de pie en el Gólgota; su prudencia no sabe colorearse de egoísmo su moderación y su prudencia no son formas de anemia espiritual; su justicia es espejo fidelísimo de aquella justicia eterna que da a cada criatura la parte que le corresponde. María es derecha como un lirio que no admite rigideces.

Su pureza es tal, que nada es capaz

de empañarla. Es la casa de oro y el vaso de honor, a donde el más glorioso arcángel no puede llegar sino de rodillas. Es preciso ser el Espíritu Santo para ser recibido en esta morada.

Su sensibilidad es sin medida y sin exceso; es un paroxismo encalmado en un equilibrio completo. No hay conflicto alguno entre su voluntad y sus sentimientos. No es menester excitarlos, ni ordenarlos, ni reprimirlos; son tan dóciles como poderosos. Su voluntad es como un águila real, y sus sentimientos son las alas.

María no conoce las resistencias dolorosas ni los atractivos insensatos, ni las vacilaciones pusilánimes, ni las inercias tediosas, ni las consecuencias lamentables de que se teje nuestra vida. En María todo es luz, todo verdad, todo orden, todo paz esa paz interior que había gustado la Eva primera y de la que todos sentimos su dolorosa nostalgia. La envoltura de esa alma inmaculada sin error sin concupiscencia y sin desorden, debía escapar, como el cuerpo de Eva inocente, a las molestias de la enfermedad, a las angustias de la muerte y al oprobio del sepulcro.

El exterior de María debía ser la proyección de su realidad espiritual. Ningún pintor acertará con su imagen porque ningún hombre sabría verla como Ella es, ni su genio evocarla sin profanación. Juan, el discípulo amado, no la percibe sino en una reverberación atenuada y Lucas, si en efecto la representó en el lienzo, lo ha hecho al modo que esos pobres signos que llamamos letras, intentan expresar lo inefable. Solo Jesús comprendió en la tierra la belleza de María, sobre todo, en el momento en que pagaba en la Cruz con su dolor inmenso, como el mar el privilegio inaudito de la Inmaculada Concepción.

*
*
*

Hace algunos años, según cuenta Paul Doncoeur, un sacerdote alemán muy distinguido, mostraba su sorpresa de haber visto en sitio de honor en el gabinete del Mariscal Hindenburg, la imagen de María Inmaculada. Como le hubiera manifestado su extrañeza, respondióle el viejo luterano: «Es que veo en la Virgen la encarnación de los valores humanos necesarios a mi vida».

La pureza, la verdad, la rectitud, el orden, tienen en la Inmaculada Concepción su personificación excelsa. Imagínese lo que sería el mundo si esos valores se introdujeran en la vida si el juez fuera juez, el mercader mercader, el sabio sabio; esto es, si la sentencia fuera el derecho, lo vendido lo pactado, la tesis la verdad. ¡Imagínese lo que sería el mundo si el arte no fuera más que arte, el amor amor, la piedad piedad, el patriotismo patriotismo, la amistad amistad sin groseras mixtificaciones!

Todos esos valores se resumen en uno sólo: en la disponibilidad del hombre a las ordenaciones de la voluntad de Dios. Y esta razón profunda del privilegio de María en toda su rica complejidad; porque su Inmaculada Concepción no tiene otro fin que el de asegurar en ella la disponibilidad absoluta a las intenciones de Dios. La vida de María no es más que esa perfecta obediencia de la que conocemos dos momentos solemnes: el «fiat» de la Anunciación y el de la Cruz.

Dar cumplimiento a esa misión asignada por Dios a nosotros y querer lo que Dios quiere a despecho de nuestros egoísmos, de nuestros cálculos mezquinos y de nuestras bajas pasiones, al precio de todos los renunciamentos, de todas las abnegaciones, de todos los sacrificios, incluso la muerte si es preciso, es ley primordial de la vida. No se es hombre si no se sabe morir. Y si no se está pronto a morir, siempre que sea necesario,

¿qué vida se vive?, ¿qué empresa generosa y atrevida se osará afrontar? Para vivir como hombre, es decir, a lo grande, a lo noble, a lo generoso, a lo cristiano, es preciso abrazar la muerte. Por eso el heroísmo es tan digno de admiración, porque hace poco caso de la vida.

La Infantería española, la gloriosa Infantería española, la de las ingentes proezas a lo largo de la Historia, siempre dispuesta a dar su vida por los más altos ideales, tiene por Patrona a María Inmaculada y su oración, la oración con que esa Arma gloriosa se acoge a la tutela bienhechora de María, es como la de Psichari, escrita entre combate y combate: «Dadnos, Virgen prudente, la humildad, en primer término a fin de que guardemos toda nuestra vida obediencia apacible y la fidelidad dichosa, que prefiramos siempre la voluntad de Dios a la nuestra y que nosotros que jamás tenemos miedo en los campos de batalla, estemos siempre llenos de temor de Dios.

GREGORIO ALASTRUEY

Doctrina de justicia y amor

Ante el error que se extiende, ante la aberración que se enseorea de las inteligencias, ante el egoísmo que se apodera de los corazones los católicos lo fían todo en último término a la sublime y divina doctrina de la justicia del amor.

Resuenan conmovedores y entusiastas himnos de guerra, oye el eco del cañón y el tableteo de la ametralladora, escúchase el motor del dominador del aire que marcha veloz y majestuoso en busca del objetivo, estalla con horrisono estruendo la granada rompedora, descargas cerradas de fusilería hienden el espacio, el piafar de la Caballería pone su nota béli-

ca en este inarmónico concierto de las nobles e hidalgas masas de un pueblo fuerte y digno que lucha por su fe, por su independencia y por su Patria: pero sobre este terrible estruendo, sobre ese concierto, sobre esos ecos, sobre esos ruidos de la batalla, se alza hoy, como se alzó en los gloriosos tiempos del Emperador Carlos V y del Rey Prudente Felipe II, la voz de la espiritualidad, la voz del catolicismo, la de la inmortal doctrina, de la justicia y del amor, encarnada en las arengas, en las alocuciones de nuestro insigne Generalísimo, que constituyen no solo severa orden, sino cariñosa admonición de padre y aleccionador consejo de maestro.

Es una infamia y una mentira arrojar sobre los que sienten la doctrina de Cristo, el dictado de oscurantistas y atrasados.

Las sabias voces de León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI después de las de Pío IX siempre se dirigieron magníficas y elocuentes a las muchedumbres para predicarlas y aconsejarlas la justicia y el amor.

Bajo la bóveda del Vaticano escuchó el mundo todo la definición dogmática del misterio de la Inmaculada, definición que llenó de júbilo a la cristiandad, y bajo las mismas bóvedas nacieron las inmortales Encíclicas que después de plantear las graves cuestiones de estos siglos, especialmente las sociales, las dieron solución mediante las normas de la justicia y del amor.

El pueblo español creyente no sintió jamás odios hacia los adalides del error y de la equivocación y menos hacia las masas que tuvieron la desdicha de seguir aquellas inspiraciones, siendo prueba de nuestras apreciaciones lo mismo las Encíclicas de los Pontífices, que las alocuciones de los caudillos, que los discursos de los doctos militantes dentro del campo católico.

Sintiendo las nobles ansias del Divino Maestro no quieren la perdición del hombre, si no que se convierta y viva.

Como ha sostenido en reciente libro el erudito académico P. García Villada, el destino de España en la Historia Universal es de espiritualidad, es de defensa de la civilización occidental que es eminentemente cristiana, es por esencia misionera y de propaganda de los grandes ideales católicos, no solo en el mundo viejo, sino también en el nuevo, alumbrado por su fe, por su energía y por su heroísmo.

Todas las más gloriosas gestas patrias, desde Recaredo a Isabel I y desde San Isidoro a Trento, se han escrito al impulso de esos grandes ideales fundamentados sobre todo en el culto a la *unidad* y a la *catolicidad*, que son las características del admirable gesto de la raza.

De ahí que el alma española vibró siempre con entusiasmo y heroísmo cuando uno o ambos de esos ideales estuvo en peligro, y de ahí que acogiese con fruición e intenso regocijo cualquier acontecimiento que tendiese al triunfo y exaltación de los mismos.

Por eso los más esclarecidos caudillos hubieron de afianzar su acción en esos ideales arraigados en el espíritu popular, que tienen como sublime escuela las doctrinas de la justicia y del amor. Ved, como ejemplo, estas palabras del heroico coronel Yagüe al dirigirse a la *Falange Sevillana*: «Predica y convence a todo el mundo que este movimiento de nuestra juventud, tan sublime, tan heroico, no puede haber nacido de una causa pequeña; tiene que haber nacido engendrado por grandes ideales; protección al humilde, justicia igual para todos, matar privilegios injustos y no reconocer más que los méritos personales: talento, virtud, patriotismo. Todos unidos por un amor muy grande, todos some-

tidos a férrea disciplina; una Patria, un caudillo».

Y para las empresas guerreras tan hermosos ideales fueron el principal motor, en las horas de la paz los acontecimientos que supusieran glorificación de ellos, habían de ser acogidos con sin igual complacencia y alegría. Por eso la España católica que tiempo inmemorial hubo de defender que la Santísima Virgen fué libre del pecado original, sintió inmenso regocijo ante la declaración dogmática que en 1854 hiciera Pío IX y que ya habían presentido en Trento sabios teólogos y filósofos españoles como el Tostado, Alonso de Cartagena, Juan de Segovia y Fernando de Córdoba.

La declaración del misterio de la Inmaculada, que en frase de famoso orador sagrado es el último peldaño en la escala de la Belleza, de la Sabiduría y del Amor, consagraba antiguas y tradicionales creencias españolas, que de generación en generación se transmitían como depósito bendito.

Ave María Purísima era el saludo de magnates y plebeyos; *Sin pecado concebida* contestaban con regocijo las gentes, y al conjuro de este Misterio sublime de pureza, se elevan santuarios, se fundan Congregaciones, se alzan Monumentos, se libran batallas y un día Colón, Magallanes y Hernán Cortés dan el nombre de la Virgen a sus buques para surcar el Océano y ofrendar a su Patria timbres de gloria y mundos descubiertos; otro día surge esplendorosa la Madre Inmaculada ante una pobre Bernardeta y desde Lourdes se irradia a España el culto a la celestial Señora en tan dulce advocación; otro día aparece triunfante, gloriosa y acogedora la *Milagrosa* y aún recordamos su paso por la Puerta del Sol de Madrid, entre oleadas de incienso y mientras resonaba en el espacio aquella creación pletórica de ternura: ¡Oh María, sin pecado conce-

bida, rogar por nosotros que recurriremos a Vos!

Los que al amor fían la solución de los problemas sociales, porque solamente en él y por él mueren los apasionamientos, los egoísmos y las vanidades no podían tener otro ideal, otro símbolo, otra figura más excelsa que María Inmaculada, que resume todas las advocaciones y todos los entusiasmos de la fe.

¡Oh, qué torpes los que sólo a fuerzas humanas confían la armonía entre los hombres y entre los pueblos!

¿No saben que el amor propio y el egoísmo romperán esa armonía y que la Justicia es virtud celestial que en Dios tiene su fuente y su fin?

Para comprender el dolor hay que volver la vista a los lindos cármenes granadinos y venerar a la Virgen de las Angustias; para despertar recuerdos de grandes enamoramientos patrios hay que mirar hacia las márgenes del Ebro, adorando a la Virgen del Pilar; para saber lo que es misericordia hay que respirar el suave y delicioso perfume de la Huerta valenciana, rezando ante la Virgen de los Desamparados, hoy destrozada por las hordas satánicas de Moscú, pero cuya sagrada cabeza parece haberse salvado milagrosamente de los atentados criminales de la furia roja; para rememorar epopeyas de valor y reconquista hay que abismarse en los abruptos montes de Asturias, rindiendo vasallaje y tributos de admiración ante la Virgen de Covadonga, cuyo magnífico Santuario también ha sufrido el saqueo de los sin Dios y sin Patria; y, en fin, para las mayores exaltaciones del espíritu, para la realización de empresas de elevado valor moral, habremos de recorrer Espasa, de confín a confín inspirando nuestra mente y acrisolando nuestro corazón en los templos marianos que, como ricas joyas, esmaltan el solar nacional.

No lo olvidemos jamás ¡*Tota Pul.*

chra es María!...

A Ella toda pura y sin mancha debemos confiar nuestros cuidados.

Que su espíritu aliente en las leyes, en las relaciones sociales, en las contiendas entre los hombres, en las costumbres, y en todo se resolverá bajo los dictados de la Justicia y del Amor.

¡Felices ricos y pobres nobles y plebeyos, obreros y patronos, si antes de mostrarse unos contra otros dirigieran la mirada al Cielo y con los entusiasmos de la fe, sus labios pronunciaran las dulces palabras: *¡Ave María Purísima!*

¡Dichosos los hombres si al encontrarse al borde del sepúlcro oyeren que los labios angelicales de sus hijos les decían como despedida de amor, mientras les cerraban los ojos en la agonía: *«Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea...»!*

ENRIQUE LA-GASCA

La Marcha Real española

Se ha dicho que el himno de una nación es el vínculo moral que une a los pueblos dándoles conciencia de su identidad, el fluido transmisor de las palpitaciones y sentimientos a través de los tiempos. Es efusión de almas, transfusión de vidas, «algo que vibrando más potente en el espacio, determina por medio de sacudidas nerviosas, estados psíquicos propicios a la expansión o la mancomunidad e inteligencia mútua».

Nuestra histórica Marcha Real nos compenetra en un mismo sentimiento fusionando las almas en el ideal recia- mente español con el calor de una fe entrañable y con la llama de una patria invencible.

Para todos los españoles, digan lo

que quieran las posiciones ideológicas, la Marcha Real nos dice «Dios» y nos dice «Patria».

No concibe nuestro espíritu que cree y espera en los destinos inmortales de las divinas promesas una fiesta española del Corpus,—el Corpus español único en el mundo por su grandeza y majestad emocionante—sin que en las plegarias litúrgicas del pueblo creyente se mezclen las vigorosas y valientes notas de nuestra Marcha tradicional. Cohesión singular y única que enlaza fuertemente el sentir más vivo de la Fé, con la exprestón más vibrante del amor a la Patria.

Esto me inspiran los datos recogidos acerca de nuestro himno patriótico, cediendo a requerimientos que me hacen alto e inmerecido honor y que me exigen sincera y desnuda crítica en el concepto técnico del arte.

La investigación más diligente ha dado con el muro infranqueable del misterio, cuando ha querido escudriñar documentalmente el nombre del autor y ciertas circunstancias de origen de la Marcha Real española. Los elementos técnicos de melodía y armonización de que se compone, más apropiados al ritmo de paso militar que a la concepción ideológica y expresión de un universal sentido patriótico, no parecen ser anteriores al siglo décimo octavo. Ni están concebidos para la prolongación vibrante y variada que el himno nacional requiere, por cuanto ha de repetirse para desarrollo la misma melodía con sus exactos giros como modulación relativa. Algunas felices armonizaciones y la adaptación de cornetas y percusión han dado a esta Marcha aire de majestad grandiosa.

Creen algunos investigadores que esta composición se debe a un autor alemán no citado, que pretendió únicamente darle carácter religioso.

La creencia mas común acerca de las circunstancias de origen de la

Marcha se funda en el hecho histórico de haber comisionado Carlos III a su ministro de Estado, Conde de Aranda, para estudiar la táctica militar de Prusia y ser al propio tiempo las adaptaciones posiblemente pertinentes al Ejército español.

El rey de Prusia manifestó que la táctica de sus milicias se fundamentaba en las enseñanzas de un tratado español titulado «Consideraciones militares» del marqués de Santa Cruz de Marcenado. En visita de despedida el rey de Prusia dijo al ministro, entregándole lo que guardaba para su más alto honor: «Tomad, señor ministro, esta marcha militar que tenía destinada para honrar mi persona».

De esta idea de distinción valiosa hacia los técnicos militares españoles, se desprende la consideración de que español fuera también el autor de las marchas militares que como elementos táctico y exclusivamente militar, prescindiendo del valor técnico en el orden artístico, se incluían en las consideraciones de formación rítmica de las milicias.

Los archivos de música no nos dan tema ninguno de la Marcha Real antes de esta época. A fines del siglo XVIII ya encontramos composiciones religiosas, eucarísticas, marianas y villancicos con motivos de nuestra Marcha en algunos compositores y concretamente en el maestro de Zaragoza, Francisco Javier García, llamado el Españolito.

Nuestro himno patriótico fué declarado Marcha de honor española por el rey Carlos III desde el Palacio de San Ildefonso el 3 de septiembre de 1770.

Como ha ocurrido hoy y en diversas épocas, a pretexto de que esta composición no entrañaba la necesaria dignidad artística para gozar del rango de himno nacional, y a fin de rodear con más prestigio artístico la majestad de Amadeo de Saboya que iba a posesionarse del trono de España, se

abrió un concurso en 1870 para sustituirla por una Marcha nacional, y quedó desierto el certamen después de penosas deliberaciones por no reunir méritos bastantes ninguna de las 447 composiciones que optaban al premio.

Deseando el rey don Alfonso XIII que a toda costa en España pudiera cantarse el «Himno Nacional» como lo cantan otros pueblos, en el que las voces de la multitud vibraran por encima del estruendo de las salvas y los acordes de las bandas militares, llevando al más sublime grado de entusiasmo los nobles corazones de su pueblo español, manifestó sus deseos a un gran artista, al poeta Marquina.

He aquí la adaptación de la letra definitiva para la Marcha Real:

La Bandera de España

¡Gloria, gloria, corona de la Patria,
soberana luz

que es oro en tu pendón!

¡Vida, vida, futuros de la Patria
que en tus rojos es
abierto el corazón!...

Púrpura y oro: bandera inmortal,
en tus colores, juntas carne y alma están!
Púrpura y oro: querer y lograr;
¡tú eres, Bandera, el signo del humano afán!

España guiladora

¡Pide, España! ¡Tú nombre llevaremos
donde quieras tú;

que honrarlo es nuestra ley!

Manda, España, y unidos lucharemos,
porque vivas tú,

sin tregua, pueblo y rey!

Una bandera gloriosa nos das;

¡nadie viviendo, España, nos la arrancará!

Para que un día nos pueda cubrir,

¡dános, España, el gozo de morir por tí!

¡Viva Español

¡Viva España! Del grito de la Patria

la explosión triunfal

abrió camino al sol;

¡Viva España! repiten veinte pueblos
y al hablar dan fe
del ánimo español!...
¡Margen arado, martillo y clarín
su noble ritmo al grito de la Patria fé!
¡Gué la mente a la mano hasta el fin,
y al «¡Viva España!» asista toda España en
(pié!

El amor eucarístico del pueblo español ha llevado a los sonos de la Marcha Real sus más cálidos fervores en letrillas piadosas e ingenuas que respiran piedad y anhelos de bendición. Y así nos hablan los cancioneros religiosos:

Jesús nos bendice como Padre amoroso
Esposo celestial y tierno Redentor,
Cantemos triunfantes cual hijos amantes.
¡Gloria, gloria a nuestro Salvador!

Bendice, alma mía su amor y su clemen-
(cia

y con amor filial repite con fervor:
¡Eterna victoria al Rey de la gloria!
¡Viva, viva Jesús nuestro amor!

Y el limpio azul de nuestro cielo español que dice «Inmaculada» no pudo menos de reflejar espléndidos rayos de su belleza en el indeleble rojo y gualda que dice «Patria». De aquí que en las más escondidas aldeas, al evocar las solemnidades de la Purísima Patrona de España, brote en todos los corazones la loa aprendida de los amorosos labios de la madre, esencias de sentimiento santo y flor de cancionero:

La Virgen María es nuestra protectora
con tal defensora ya no hay que temer;
vence al mundo, demonio y carne;
¡guerra, guerra contra Lucifer!

¡Ea! Al combate marchemos animosos,
prontos a la lid; la gracia ha de triunfar.
¡Viva María! Y al viento ondeante,
triunfe, triunfe su estandarte real.

En el aspecto litúrgico sagrado la Marcha Real española adquirió mati-

ces y honda emotividad de relieve extraordinario. Fué norma y ordenanza de las bandas militares del Ejército español interpretar esta Marcha durante la elevación del Santísimo en la Santa Misa y en las procesiones eucarísticas de carácter oficial...

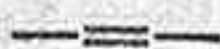
De aquí que al vibrar de las emociones despertadas por los firmes acordes de plena majestad en los augustos momentos de adoración cristiana, queda este himno redimido de la inexpressión de su origen para ser potente estímulo de claras sonoridades con la unción de las ideas divinas que todo lo engrandecen y con el amor a la patria que todo lo llena.

Mas para evitar el abuso que pudiera oscurecer el decoro de las ceremonias litúrgicas con la interpretación de otros himnos menos en consonancia con los fines de grandiosa majestad que se persiguen, por Real Orden del 5 de Octubre de 1859 se dispuso «que las músicas militares se limiten a tocar únicamente Real a la elevación de la Hostia y del Cáliz»; orden que fué urgida por otra de 21 de marzo de 1880, donde, recordando que la Real Orden anterior fué dictada, por su importancia, «de acuerdo con el parecer del Tribunal Supremo de Guerra y Marina en pleno», se vuelve a disponer que «las músicas y bandas militares se limiten a tocar únicamente la Marcha Real a la elevación de la Hostia y del Cáliz durante las misas que se celebren en los templos.»

Son los más puros y santos sentimientos ennoblecedores de nuestro ser los que lleva a las íntimas reconditces de nuestra alma la sonoridad emocionante de nuestra Marcha. Honor a la majestad de la unidad gloriosa e indivisible de la Patria y bendición eterna del amor de Jesús Sacramentado que al ritmo del patriótico himno por nuestros pueblos pasa destilando dulzuras y brindando los bienes de la paz imperturbable y serena.

LEOCADIO HERNÁNDEZ ASCUNCE,

¡Inmaculada!



La campana, alborozada,
¡cuál conmueve al corazón!
Epico suena el cañón:
la bandera, desplegada...
¡Fiesta de la Inmaculada!
El cielo azul, encalmado;
un tibio ambiente aromado;
en los rostros, alegría;
¡Salve a tí, Virgen María,
concebida sin pecado!

Para decir tu hermosura,
Virgen, la lengua quisiera
del ángel que en la alta esfera
tus alabanzas murmura.
Eres la bella, la pura
Sunnamitis; *tú la flor
de los campos*; tú esplendor
de la gloria .. ¡Si en mi arte
no hay poder para cantarte!...
¡Deja que cante mi amor!

De la estrella esplendorosa
que en el espacio fulgura,
a la luciérnaga obscura
que entre la hierba se posa;
de la inquieta mariposa
que tiende, dudoso, el vuelo,
hasta el ángel en su anhelo,
cuanto vive y cuanto ama
todo sin cesar te aclama
en la tierra y en el cielo.

¡No la veis?... ¡Cómo destella!
Es la que el dulce Juan vió,
es la que el Sabio cantó:
¡Tota pulchra!, ¡toda bella!
A la sién, fúlgida estrella,
a las plantas el querube,
el arcángel, y la nube,
que el sol poniente esplendor,
y la luna ensoñadora,
que por los espacios sube.

¡Oh Murillo!...; tú la viste
en postrera intuición;
del cielo tu Concepción
hasta la tierra trajiste;
manto azul, suelto, le diste,
santa ternura a sus ojos,

que son de los culpa enojos.
¡Gran pintor!...; al columbrarla
estuviste, y al pintarla,
seguramente de hinojos.

¡Cuánto recé ante tu altar
a tu imagen peregrina
en la catedral divina
que fué mi templo y mi hogar!
Allí me enseñó a rezar
mi madre y yo presentía
siempre que a tí te veía,
la realidad de un ensueño,
que hallaba al mundo pequeño
para la esperanza mía.

Pronto mi madre terrena
se me fué dulce Señora;
aún el ánima la llora,
a la bendita, a la buena.
Y cuando al irse la pena
me anegaba en lo profundo
de un gran dolor sin segundo
de Madre hiciste conmigo;
supe entonces que contigo
¡no hay huérfanos en el mundo!

En la tierra, ¡qué quebranto!...
¡Cuántas almas solitarias!
¡Cuántas tristes pasionarias,
regadas siempre con llanto!
Extiende, Virgen, tu manto
sobre la gran desventura
que a muchos tuyos tortura;
¿por qué no extingues los duelos
de su Calle de Amargura?...

¿Y qué quieres que te pida
para mí, Madre del alma,
cuando navego sin calma
por los mares de la vida?
Sólo, sí, Virgen querida,
que ya me has consolado
en días tristes y enjugado
mis lágrimas, cuando muera,
que recojas la postrera;
¡la mayor que habré llorado!

ADOLFO DE SANDOVAL.

Académico, Congregante Mariano
de Honor, Caballero Gran Cruz de
la Orden Pontificia de San Gregorio
el Magno.

Valladolid, Diciembre de 1936.

El Jefe de Orden Público abre una suscripción para cos- tear unas andas de plata a la Virgen de los Dolores

—=—

La Virgen de los Dolores, la divina protectora de los cordobeses, la que con sus celestiales consuelos tonifica los corazones de las madres doloridas, de los ancianos desvalidos, de los niños sin hogar; esa imagen entronizada en el más poético lugar de nuestra ciudad, que en sus salidas procesionales arranca aclamaciones y hace brotar lágrimas y elevarse plegarias y rezos y músicas a su paso; la venerada por todos y por todos nombrada en las horas de angustia y en los momentos de alegría; Madre excelsa, sublime encarnación de la bondad; la Virgen de los Dolores, repito, debe tener en Córdoba, para que su imagen pueda ser conducida con la prestancia que merece tan singular Señora, unas andas de plata. Unas andas labradas por los famosos plateros cordobeses, que saben hacer flores de luna con el precioso metal.

A tal fin, e imitando para su consecución lo hecho al objeto de reponer los daños causados por la aviación roja en la iglesia del Juramento, donde se venera la imagen del Arcángel San Rafael, esta Jefatura de Orden Público abre una suscripción que encabeza con 3.000 pesetas, a la que no dejará de contribuir seguramente ningún cordobés y, sobre todo, ninguna mujer de Córdoba, ya que tan devotas son todas de Nuestra Señora de los Dolores.

Vuestro Jefe de Orden Público, interpretando el sentimiento y el deseo de tantos cordobeses, que se han acercado a esta Jefatura ofreciendo sus donativos, no ha tenido inconveniente en que sea una realidad esta aspiración y, en su consecuencia, que-

da abierta en la misma la suscripción referida, con cuya obra se conseguirá, en primer lugar, que la Virgen de los Dolores pueda tener unas andas de plata, al igual que otras veneradas imágenes, y en segundo, emplear un buen número de plateros que hoy atraviesan una agudísima crisis de trabajo, que se dedicarán a la fabricación de aquellas.

¡Viva España! ¡Viva la Virgen de los Dolores! ¡Viva Córdoba!

Córdoba 27 Noviembre de 1936.—
El Jefe de Orden Público, BRUNO IBÁÑEZ.

**

Hasta el día 22 de Diciembre la suscripción alcanzaba la cantidad de pesetas 14.201'50.

Desde la línea de fuego

—=—

Esta mañanita, a las puertas de Madrid—delante de mí el lago de la Casa de Campo—ha venido una bala a cortar mis actividades de capellán. Con el alma desgarrada al separarme en momentos difíciles de mis bravos legionarios de la cuarta bandera les envío estas líneas. Sus oficiales son caballeros, con todo lo que esta palabra encierra de legendario y noble. Sus soldados, francos y cariñosos, bravos como leones y tiernos como niños. Para mí son hijos. Y con esto me perdonarán todos lo que en mis palabras parezca ser encomio exagerado. Sé que entrarán en Madrid y temo que caerán muchos. Y estoy con ellos todo el día, en la soledad augusta del corazón que ora. Con el Cristo sobre el pecho, salpicado de la sangre de sus labios que le besaron hoy al caer heridos, como ayer tarde al avanzar sobre el enemigo, le besaban sanos todavía. ¡Hijos míos!, ¿dónde estáis ahora ante ese Madrid rojo que desde el fango de sus pecados os recibe a tiros?

Y al acordarme de ellos me acuerdo sobre todo de la generosidad con que curaban esta mañana en la casita roja, junto al lago, a los heridos de un batallón de infantería enemiga que cayeron en sus manos. Mis legionarios no les remataban, sino que llamaban al practicante. Y el comandante, valiente y cristiano, hacía llamar al médico para que les asistiera. Soldados de infantería, pobres mozos de pueblo casi todos empujados desde los cuarteles al frente, bajo la amenaza del fusil y la pistola. Mueren como cristianos, entregando en mis manos sacerdotales sus almas a Dios y sufren invocando con gritos desgarradores a la Virgen de los Desamparados y a Nuestra Señora del Pilar. ¿Cómo podré olvidar yo a aquel pobrecito, un niño casi, que me abraza con el ansia desesperada con que resiste la vida joven a hundirse en el agujero oscuro de lo muerte? «¡Sálvame, sálvame, sálvame!», y cubría de besos de fe ardiente al Santo Cristo de mi pecho.

La caridad cristiana con que les trataban los legionarios herirá la suspicacia de todos los valientes de pega, cuyo ánimo esforzado les lleva a desear muchos fusilamientos... quedándose tal vez ellos a retaguardia. Es de pueblos primitivos y bárbaros pasar a cuchillo al caído. Mis legionarios están más afinados y apurados al fuego del cristianismo. Saben luchar a muerte; no saben rebajarse en la crueldad.

Y su buen sentido español, su pensar dócil y recto les hace ver que ni es lo más útil acabar con la fuerza de trabajo, cuando, concentrados los prisioneros, podrían servir a la gran obra de reconstrucción que ahora empieza, ni son culpables todos los llevados como reses de un rebaño de cebones a la carnicería del frente.

No voy a decir que respeto otras opiniones. Cuando veo clara la verdad he jurado defenderla hasta la muerte.

Aunque el error sea, como suele ser, dueño de la mayoría.

FERNANDO HUIDOBRO, S. J.
Capellán de la 4.^a Bandera del Tercio.

¡Inmaculada!

I

¡Toda la tierra estaba desnuda, desnuda, sombríamente desnuda!

Y la Humanidad mascaba las densas tinieblas como los mónstruos marinos el légano pestilento.

II

La Serpiente segó los vergeles del Paraíso. Cayó la Humanidad, pero de lo Alto vibró la profecía portadora del triunfo del María Inmaculada sobre el reptil inmundo.

Y sus fulgores apagaron las llamas deicidas de los sátrapas judíos.

Y vino el Reino de la Virgen Purísima.

Y las azucenas nazaretanas fueron la enseña más gloriosa de la Basílica Romana.

III

Y la Cruz Nazarena, Sangre y Caliz, guardó el fulgor de sus preciosas llagas para el Supremo Jerarca de la Iglesia.

El Divino Rabí de Galilea selló sus labios ante las turbas y ante los príncipes de las sinagogas por amor al Papado.

IV

Y la tierra se puso toda rosada, rosada, rosada.

Y Jesús del Monte Calvario trocó sus zarzales y sus amarguras por las blancas azucenas de la hija de Joaquín y de Ana.

Y de los palacios opulentos y de las lóbregas chozas brotó como chorro de oro la canción milagrera de cien generaciones:

«Ave María Purísima
Sin pecado concebida».

V

¡8 de Diciembre de 1854!

Fué una mañana oro, sol y púrpura.

Las trompetas de plata del Vaticano anunciaron al orbe católico que el Papa Pío IX había proclamado solemnemente dogma de Fe la Concepción Inmaculada de María Nazarena.

Y de los palacios magníficos y de las miserables moradas llegó hasta el solio de las nubes la canción mariana:

«Ave María Purísima
Sin pecado concebida».

Fué una mañana oro, sol y púrpura.

VI

Altísima Princesa, Estér privilegiada, que guardan tus pies el escabel más brillante de todos los pueblos.

Dios Omnipotente, Rey de los siglos habló desde la eternidad:

¿Qué tienes? ¡María! Yo soy tu hermano, no temas. No morirás, no morirás, porque esta ley no ha sido escrita para tí, sino para todos?

¡Qué hermosa fué tu Concepción Inmaculada!. ¡Oh hija del Príncipe Eterno!

Tú eres la única flor que no hubo culpa original, ni corteza de culpa actual.

¡Qué hermosa y cuán graciosa eres, ¡María! Tu garganta es como torre de marfil, tus ojos divinos y los cabellos de tu cabeza como la púrpura del Rey.

Como la aurora anuncia con sus rosas la derrota de las tinieblas, así tú, ¡Virgen Nazarena!, brillaste sola, única, libre de la mancha del pecado original, en medio de un mar ingente y negro.

VII

Todas las naciones del mundo celebran tu Concepción Inmaculada.

Mirad las falanges nutridas de todas las naciones. En sus escudos y en sus estandartes fulgen como soles hermo-

sas las místicas azucenas de la Purísima.

Al frente de todos los paladines y de todos los estandartes y de todos los áureos escudos va Murillo, que plasmó tu divina belleza inmaculada, coronada de ángeles y de luz.

¡Soberana Princesa Nazarena!, ya han vuelto a flamear los verdes y azules penachos, y te rinden honores las tropas y suenan los limpios clarines marciales.

Hoy más que nunca, la España nueva, de rancio abolengo catolicísimo, te aclama Reina Inmaculada y levanta tu lábaro por encima del Palacio de Oriente.

JUAN LEBRERO ESCUDERO.

Se dice en el frente...

Sacrificio de sacerdotes

—:—

Si Tertuliano dijo ya, a fines del siglo II, que es semilla la sangre de los cristianos, ¡cuánto más se podrá decir de la sangre de los sacerdotes que, por razón de su altísimo ministerio, deben ser los cristianos más perfectos! Y ¡cuánto más debe ser semilla la sangre de los sacerdotes sacrificados en esta guerra, en la que parece que el enemigo, cuando pudo, vertió la de todos los que tuvo a su alcance, y cuando no pudo tanto, parece que se deleitó en escoger, para profanarla, la sangre de los más fervorosos, de los mejores sembradores de la verdad y del bien! ¡Oh! ¡Cuánta gloria y cuántos triunfos debe esperar la religión católica en España de la sangre fecunda de tantos sacerdotes y de tantos héroes que la han regado generosamente!

Sólo en la Diócesis de Tortosa, nos ha dicho la Prensa extranjera, han sido sacrificados seiscientos sacerdotes. De quinientos cincuenta que había en la Archidiócesis de Toledo, nos ha di-

cho el Ilmo. Sr. Obispo auxiliar, sólo se espera que viva el diez o el quince por ciento. Y en la misma proporción en Madrid, en todo Levante, en toda Cataluña. Más de la mitad del clero regular y secular de España ha muerto por Dios y por la Patria. Solo de la Orden Franciscana, otras veces tan amada en España, han perecido a manos de los comunistas, según se presume hasta la fecha, más de setecientos. Y trescientos de la Congregación de Misioneros del Corazón de María. Y la mayor parte de los hijos de la española Orden de Santo Domingo. Y con el martirio de ellos, la desaparición de las tradiciones venerandas que se refieren a las virtudes y milagros de los héroes que vivieron en cada casa santa, las reliquias de sus mártires y fundadores, los tesoros de arte acumulados por la piedad de los siglos, las cenizas de los muertos en olor de santidad que ahora aventaron y violaron las furias del infierno.

No basta cifrar el número de los asesinados, aunque sean mártires de Dios y de la Patria. Es el número y la calidad, refinada con el horror de los martirios. El santo cura de Torrijos pidió que lo mataran como a Cristo: y lo cargaron con el leño, después de azotarlo cruelmente, lo pasearon con él y en él le dieron muerte inhumana. Otros han visto profanada la santidad e integridad de su cuerpo antes de morir. Otros, después de mutilados horriblemente han sido exhibidos ante el pueblo fiero ávido de producir torturas y sufrimientos. Otros murieron a manos de la plebe, apedreados por millares de hijos, a los que habían constantemente beneficiado. Todas las torturas imaginarias por medio de todos los instrumentos, hachas, puñales, horcas, venenos, han sido empleadas para martirizar a los sacerdotes de Cristo. En muchos de ellos se ha cebado la furia de las mujeres, la peor de todas las furias. Y al estilo de Ta-

lavera se organizaban turnos de azotes que a los mártires de Cristo habían de producir las «hijas de la Pasionaria». Estas fueron las que más se gozaron en proporcionarles martirios lentos, terriblemente lentos, duraderos por muchos días. Las que se deleitaban más en herir la dignidad sacerdotal... ¡Qué monstruos y qué locas!...

El Eminentísimo Cardenal Primado ha ordenado abrir una información acerca de la muerte de cada uno de los sacerdotes de su Arzobispado para saber el género de martirio que sufrieron, el número y calidad de sus asesinatos, las últimas palabras que pronunciaron, el perdón que prodigaron sobre sus verdugos, las propuestas de blasfemias y de apostasía que rechazaron, los testigos de vista que tuvieron y, en general, cuanto puede servir para esclarecer el martirio de tantos sacerdotes del Señor...

¡Cuánto oro en esta persecución que padece la Iglesia! Y ¡cuán poca escoria! Aunque hayais leído u oído de algún águila que, «al parecer», ha caído, sin saber resistir los halagos y las consideraciones del enemigo embaucador, ¿qué es esto comparado con el heroísmo de más de 20.000 personas de índole religiosa sacrificadas en toda España por el furor del marxismo? Con razón se ha dicho que éste no es enemigo de lo malo, sino de lo mejor. Lo mejor en la economía, lo mejor en el arte, lo mejor en los monumentos de la piedad, lo mejor en la vida, lo mejor en la santidad de los santos... Eso es lo que sacrifica y ahí es donde se goza en hundir su zarpa o su puñal para dejarlo exánime.

Cuando se escriba el martirologio sacerdotal de estos días y se escudriñen las profundidades de las intenciones, comprenderemos la perfidia del injerto de Rusia. Y entonces se esclarecerá la interrogante que los sociólogos extranjeros vienen haciendo acerca de las cuestiones sociales en Espa-

ña en relación con el clero. ¿Por qué se le teme si sembró el bien? ¿Por qué se le persigue si fué el bienhechor de los perseguidores? ¿Por qué se ceba en su propia entraña si siempre la tuvo abierta para él? ¿Por qué se le fusila en compañía de aquel potentado a quien predicó la doctrina pontificia de la justicia, de caridad, la beneficencia y magnificencia? ¿Por qué no se le tiene en cuenta la obediencia de muchos y ni aún a éstos se les tiene en cuenta? ¿Por qué, en cambio, se le cobra la resistencia de otros a quien no pudo persuadir con las armas de la verdades eternas? ¡Oh secretos de las almas! ¿Qué pensarían algunos de esos resistentes y duros en la hora terrible del ajusticiamiento de aquel sacerdote, su señor cura de siempre, el predicador de aquella sociología que tan impertinente sonaba en sus oídos? ¡Oh terrible dilema! En el mismo patíbulo el que predicaba la justicia y el que la conculcaba. Si todos hubieran sido obedientes no hubiera perecido el sacerdote, ni el que fué leal a sus doctrinas. Fueron unos pocos los que arrastraron a todos a la muerte. Porque en lo social no hay más ley que la de la solidaridad, ley de gravedad que a todos precipita en el abismo. ¡Honor a los mártires del sacerdocio! Pudieron librarse fácilmente y no consintieron; hubieran predicado la violencia y fueran salvos. Pero Cristo mandó a Pedro que encerrara la espada en la vaina cuando hirió al criado del Pontífice, y pocos días después anunció a Pedro y a todos los suyos que serían perseguidos, que marcharían de tribunal en tribunal, que el Cristianismo perfecto consiste en tomar la cruz y beber las heces el cáliz de la Pasión.

¡Honor a los mártires! ¡Esperanza en la fecundidad de su sangre! La sangre de los sacerdotes pide ahora a los fieles todos que sean el linaje escogido, el sacerdocio real, los colaboradores del verdadero sacerdocio que

pide la Iglesia en todo tiempo, pero principalmente en los días en que la acción del sacerdote no puede llegar, por su escasez, a las innumerables necesidades de nuestros hermanos los cristianos. La sangre de los sacerdotes pide que todos los fieles muestren su gratitud y su fe con obras de acción católica.

M. MEDINA GATA.

Patrona especial y Abogada de los Reinos de España

Se convocaron Cortes generales del Reino para que juraran solemnemente a S. M. Carlos III y al Príncipe de Asturias, Antonio, hijo del Monarca. Los Reinos de Aragón, Cataluña y Valencia, incorporados al de Castilla, formarán con este un solo Reino. Reunidos, pues, todos los Procuradores en la mañana del día 17 de julio de 1760, en el Palacio del Buen Retiro, llegado Su Majestad y sentado en el Solio, les leyó la proposición de que el Reino recibiese por su única y especial Patrona a la Purísima Concepción, ya por la especial devoción que el Monarca profesaba a ese santo Misterio, ya también por que las Cortes, en 1621, habían hecho voto y juramento de profesar y defender la doctrina de la Inmaculada Concepción de María. Las Cortes, oída la proposición, acordaron por unanimidad de votos suplicar al Rey se dignase tomar por singular Patrona y Abogada de los Reinos de España y los de Indias y los demás a ellos incorporados, a la Virgen Santísima bajo el Misterio de su Inmaculada Concepción «sin perjuicio del Patronato que en ellos tiene el Apóstol Santiago, al que no puede ofenderse».

Para el día solemne de la jura reservaron las Cortes con el Rey el acuerdo de solicitar de Su Santidad la confirmación de este acuerdo, con el rezo y culto correspondiente.

Yo soy «ateo»...

—:—

Qué bella es la catedral de París!... La unidad de su pétrea mole, presidiendo la infinita variedad de sus elementos arquitectónicos... ¡qué símbolo tan bello y evocador de la Omnipotencia!

¡Cuántos recuerdos de gloria y de vergüenza acumulados bajo sus bóvedas!... ¡Y qué «habladora» es cuando se halla solitaria!... ¡Cómo con nosotros habla cuando todo calla!...

Por eso me doy el placer de escuchar su elocuente silencio... de interrogar a sus muros, ocho veces centenarios... de contemplarla como se contempla un bello trozo de la historia, con mis pobres ojos de pigmeo, que miran admirados los gigantescos ojos del templo: sus maravillosos rosetones...

La «intimidad» me envuelve y me penetra... me hallo «completamente solo»... frente a mí mismo... cerca de «El»!...

* * *

¡Pero no!... No estoy solo...

Vuelvo el rostro, y a mi lado, perdido en el mismo ensueño que yo, veo un jovencito de unos quince años, una hermosa cabeza muy francesa, de cabellos ondulados, peinados hacia atrás.

Se ha sentado en una silla y contempla arrobado una vidriera.

Nuestras miradas se cruzan... Su rostro irradia tanta ingenuidad, tanta simpatía, que no resisto al placer de dirigir la palabra a este efebo, que comulga conmigo en la misma admiración por las mismas bellezas.

—Veo que la catedral os interesa.

—¡Mucho!...

—¿Le gustan las bellas iglesias?

—Sí, como me gusta el Louvre... y Versalles... y la torre Eiffel...

—Sin embargo, ¡no todo es lo mismo!

—Amo las cosas bellas, «sencillamente» porque son bellas, sin preocuparme de lo que son.

* * *

Su lacónica restricción me inquieta.

—¿Es usted católico?

—No, yo soy «ateo»...

—¡Ateo!—repito como un eco—. Si al menos me hubiese dicho: soy protestante... cismático... musulmán... ¡Pero «ateo»!

—¡«Ateo»!... este bello adolescente de ojos azules que contemplan admirados las bellezas de «Notre-Dame»!...

...¡Yo soy ateo!.. no sé qué me ha sorprendido más, si oír la palabra abominable saliendo de aquellos labios juveniles, o el tono tan suave y tan firme con que la ha pronunciado... sencillamente, sin amargura, sin odio... en el mismo tono en que me hubiera dicho que era belga, o italiano, o taquígrafo.

—¿No ha hecho usted todavía su primera comunión?

—Sí... la hice... y muy bien por cierto.

—Entonces, ¿qué le ha sucedido?

* * *

A sus labios asoma una sonrisa cansada... triste...

—¿Mi catecismo?... ¡Qué lejano está ya!

—¿Lejano?... Todo lo más, dos o tres años, ¿no?

—¡Y pensar que yo he creído en todo «eso»!

Me pongo en pie como movido por un resorte.

—Pero, joven, ¡todo eso ha producido todo esto!—le digo, abriendo los brazos como si quisiera abrazar esta síntesis de fe y de amor que nos cobija: ¡una catedral gótica!

Pero él, muy tranquilo, me responde:

—Los turcos hicieron otro tanto en Santa Sofía...

—...que fué edificado por los cristianos—le interrumpo.

—...y los budhistas en Angkor...

—Lo cual prueba...

...¡que en todos los países hay crédulos candorosos!

* * *

Y al decir esto, me mira con ojos de conmiseración.

—Figúrese usted que yo hubiese vuelto al Patronato... un Patronato donde había cierto abate, un hombre honrado a quien yo quería mucho, el cual hubiera proseguido conmigo su labor de maleficio. Afortunadamente, en otro piso de mi casa vive un ruso, un hombre muy sabio... Después de mi comunión, el ruso tomó la costumbre de bajar a mi casa todas las noches... me pidió el catecismo... y él es el que me ha «demostrado», página por página, que todas esas historias son cuentos infantiles que no pueden sostenerse en pie.

—Pues si no pueden sostenerse en pie, ¿cómo han podido suscitar tantos sacrificios, tanta santidad? Si estas historias son cuentos infantiles, ¿cómo pudieron satisfacer y ser creídos por los más grandes genios de la humanidad?... San Pablo... Santo Tomás... Pascal el filósofo... Pasteur el bacteriólogo... Ampere el físico, ¿eran acaso inteligencias infantiles, capaces de satisfacerse con cuentos?

* * *

Y sobre aquellos labios de joven, hechos para cantar la fe, el ideal y el amor, asomaba una tristeza infinita... Aquella sombra, después de aquella luz... aquel frío desdén, más espantoso que el odio ardiente... esa «Nada» después del «Credo», que trescientos jóvenes, tan inteligentes como él, acababan de elevar al cielo debajo de estas bóvedas.

Cuando partí no veía la catedral. Un árbol así impide ver el bosque... Esta miseria de niño, sintiéndose dichoso

de haber arruinado su fe, el tesoro supremo, caminaba delante de mí... Y yo pensaba:

—Cuando llegue la hora, ¿cómo será este mozalbete ante la mujer?... ¿ante el dinero?... ¿ante el dolor?...

Y si un día la revolución le ofrece horas favorables, en las que Satán pueda hacer de él todo lo que quiera, ¿qué será de él?... ¡de él y de su alma!

* * *

Será preciso que los católicos, que vivimos demasiado entregados al ensueño, dormidos sobre sus propios laureles, se den cuenta al fin de todo esto.

Entonces sentirán la necesidad de conocer a fondo el catecismo que ignoran y de profundizar todo lo posible en la explicación de los misterios de Dios.

Y cuando sepan todo lo que deben saber, podrán atreverse a hacer lo que el ruso: bajar a la casa de sus vecinos y defenderlos contra los metecos, y hacer por su patria y por Dios lo que hizo ese ruso infernal por la infernal esperanza de Moscou...

«Pues lo que se quiere y se ama con todo corazón no se puede... no se debe guardar egoístamente para sí mismo».

PIERRE L'ERMITE.

ESTAMPAS ROJAS

Los bautizos en el frente

—=—

La madre enferma

Noche fría. Son las 11'45. Arrebuado en mi manta y tendido en una camilla, duermo tranquilo mi primer sueño.

Voces en la calle. Golpean la puerta bruscamente: «Practicante, practicante baja». ¿Qué pasa? «Corre, vis-

tete pronto, que hay una enferma grave».

Rápido, tapado con mi manta, me planto en la puerta de la calle. Dos milicianos, el cabo de guardia y un aldeano que lleva impresa en su rostro la tristeza, me aguardan. Comprendiendo que a aquel pobre hombre le interesaba la enferma, pregunto: «¿Qué ha sido eso? ¿Estaba ya enferma o se ha puesto de repente?»

Mire usted, mi mujer ha padecido bastante de catarros y ahora dice que se le ha puesto un dolor en el pecho, que no puede respirar, que se ahoga.

¿Padece del corazón?, le pregunto; y me contesta: Yo no sé, pero ella se queja mucho de aquí, dice, señalando el costado izquierdo.

Suponiendo era un fuerte enfriamiento (tan propio de esas gentes que se pasan las noches en la era, trabajando sus mieses) me llevo harina de linaza, mostaza, tintura de yodo, compresas de algodón y unas píldoras de coramina, por si acaso era algo cardiaco.

De camino... llegada a la casa: una pequeña habitación, alumbrada por la débil luz de un candil; dos camas; en una duermen profundamente tres pequeños y en la otra está la pobre madre enferma. El pulso flojo, el termómetro marca una subida calentura. Le aplico los remedios caseros: cafiaspirina, botellas de agua caliente al costado, cataplasmas de linaza y... la enferma reacciona prontamente. El esposo muestra su agradecimiento y yo vuelvo a mi camilla para conciliar, de nuevo, el sueño.

Providencia de Dios

Al día siguiente, bien de mañana, visito a mi enferma, que está mucho mejor. Mientras tiene puesto el termómetro me distraigo mirando unas fotografías de familia que allí había, junto a la cama y ¡cuál no fué mi alegría al

ver entre ellas una policromada estampa de la Virgen del Carmen!

No hay que perder la ocasión, me dije: hay que pulsar las creencias religiosas de esta mujer. Y, como quien nada hace, miro la estampa del Carmen y digo: ¡qué estampa más bonita! y, después, a boca jarro: «si por más que se empeñen, es difícil quitar estas cosas que nos han enseñado de pequeños...» Y la mujer, un tanto confusa, responde: «mire, yo, la verdad, sí que creo en todas esas cosas de Dios y los santos; pero mi marido es el hombre más republicano y el más «agarrao» a las ideas de usted. ¡Con decirle que no ha permitido que bautizase a los dos pequeños que tengo! Mire usted el uno nació ya entrada la República, tiene cinco años y ya no quiso llevarlo a la iglesia, y la pequeña, que es muy maja, ya va «pa» los tres y tampoco la ha querido bautizar.

Nuevo ataque a la bayoneta. Pero, vamos a ver: si no están bautizados, será porque usted no habrá querido. No, eso no; yo sí quería; pero él se empeñó en que no.

Y, si usted cree en esas cosas, ¿por qué no los ha bautizado sin que él lo supiera?

—¡Qué va! Eso es cosa de curas y yo no entiendo de eso.—Vamos, le digo: que eso lo sabe cualquiera. Mire usted, ya ve que yo no soy de esas ideas y, sin embargo, sé hacerlo. Decirle a uno «yo te bautizo... etc.» y echarle un poco de agua en la cabeza, eso, ¿quién no sabe hacerlo?

Si usted conserva el secreto y no le dice nada a su esposo, yo no tengo inconveniente en bautizarlos; pero no lo ha de decir a nadie; si no pueden pensar que yo soy de los beatos y con la rabia que les tienen... lo pasaría mal.

No pase pena, que no lo sabrá nadie del pueblo y así yo quedaré tranquila, pues cuando pienso que se pueden morir y...

—Bueno, y ¿dónde están los chicos?—Ahora están con su padre en la era.

No se preocupe, es igual; como yo tengo que venir a ver cómo sigue su enfermedad, ya tendré ocasión de encontrarlos en casa.

Y me voy pensando: ¡de qué medios se vale Dios para hacer sus cosas!

El ciento por uno

Por la tarde, para demostrar el interés que tengo por mi enferma, nueva visita. La encuentro ya levantada, jugueteando con su pequeña.

Gracias Dios mío, digo interiormente.

—¿No está en casa el chico?

—No, señor; se ha vuelto con su padre a la era; que tan pequeño que es, ya le ayuda a atar gavillas.

—Bien; yo venía a lavarle la cabeza a ésta pequeña, que hoy creo que no se ha lavado.

La madre... me entiende y dice:—Si lávesela.—Y mientras la pequeña lloriquea, echo de la zafa un poco de agua en su cabeza y pronuncio la fórmula sacramental.

Ya está conseguido el primer fruto que Dios me concedía por tan pequeño sacrificio. Y mientras volvía gozoso a la compañía de aquellos camaradas, tan ajenos a mis ideales, pedía a Dios que consumara la obra que Él había empezado y que no quedara sin bautizar el otro pequeño.

Otro día más y otra visita más a casa de la enferma. El niño nunca estaba en casa. La madre me dice:

—Mire, estos días, como no sea a la hora de comer, será difícil encontrarlo; lo malo es que entonces estará su padre también.

—No se preocupe. Yo me encargo de que su padre no se entere de nada.

Vuelvo al día siguiente a la hora de la comida. Acababan de comer y el padre se disponía, en el corral, a matar un corderillo; estaba rodeado de

toda su familia. Allí estaba también el niño sin bautizar. No había que perder aquella ocasión que Dios deparaba. Al día siguiente saldríamos para otro pueblo y sería ya más difícil la empresa.

Acaricio a los pequeños y, deteniéndome un poco en el que era objeto de mi visita, digo en alta voz:

—Se conoce que en la era se ensucia uno mucho con el polvo y la paja. ¡Y qué cabeza más sucia lleva este muchacho! ¡Si se le está ya formando costra!

Su padre se excusa diciendo:

—¡Cómo ha de ser! ¡Siempre va a revolcones en la era!

—Hombre, voy a ver si llevo agua oxigenada, que casi siempre suelo llevar en el bolsillo, y yo mismo se la limpiaré.

Y sacando una pequeña botella, que llevaba ya a prevención, vuelto de espaldas a su padre, realizó la sagrada ceremonia. El segundo hijo de aquella familia había nacido también a la vida de la gracia.

Quedo unos momentos presenciando la matanza de aquel corderillo y me despido de aquella familia, que tan grato recuerdo había de dejar en mi vida.

¡Cuán cierto es que Dios da siempre el ciento por uno!

Aquella molesta visita a medianoche, había logrado la salud corporal de la madre y la salvación espiritual de dos hijos.

¡Gratias agamus Domino Deo nostro!

¡Demos gracias a Dios nuestro Señor!

P. SAVONA

Toda la correspondencia al administrador de esta Revista diríjase a la calle Ambrosio de Morales, 6.



Perfecta elaboración de VELAS PARA EL CULTO

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía por la antigua y acreditada

Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «**CERA**». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**LITÚRGICA**». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**ECONÓMICA**». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envios a todas partes

Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

	<u>Pesetas</u>		<u>Pesetas</u>
Paso a Paso (novela)	2	La Escuadra del Almirante Cervera (historia amena)	4'50
Mariela (novela).	5	Amor de madre (poesías)	2
Emigración (novela).	2'50	P. Pascual Cervera y Topete (biografía)	18
Los que triunfan (novela).	5	P. Juan de la Cruz Granero (biografía)	4
Los Rebeldes (novela).	2	P. Francisco de P. Tarín (biografía)	6
Mil hombres (historia amena).	5'50	Historia de la Literatura (compendio)	3
Flores silvestres (novela).	5		
Tristes y alegres (cuentos)	2		
Los dos amores (cuento)	0'75		
Cinco visitas (cuento)	0'50		
Juan de la Tierra (historia amena)	4		

De venta, en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS
MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.
NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

Economía increíble

usando mis velas especiales con el

«CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

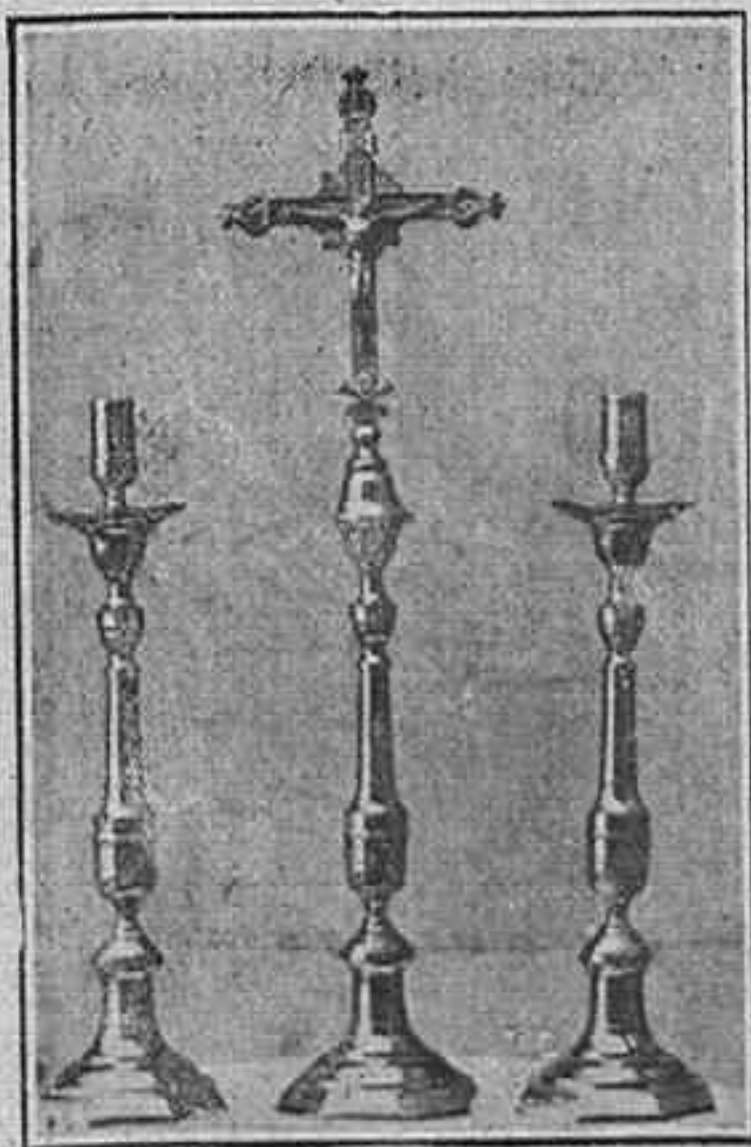
Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

Hijo de Quintín Ruiz de Gauna

VITORIA (ÁLAVA)

ENVIOS A ULTRAMAR

❖ **FUNDICIÓN DE BRONCE** ❖
y objetos de metal



Pedro Osuna Bergillos

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

ARTÍCULOS DE IGLESIA

Esmerada y artística construcción de todas clases